

supone gran humildad, supone el no querer buscar yo el aplauso o el tener razón, sino saber sacrificar mis argumentos si los otros son más valederos, pueden descubrir la "verdad". Esto es lo que llamamos comunidad en la meditación, en la reflexión. Es la Humanidad la que debe crear esa cultura, la cultura que es esencialmente comunitaria. Esa es la meta que Ortega se propone y la vida de él es un claro ejemplo de la realización dura y costosa de esa meta.

Ahora bien, hablamos aquí en un claustro universitario, y esa misión no es otra que la misión de la propia Universidad. ¿Qué es la Universidad sino ese territorio —podríamos decir autónomo— de cultura, ciencia y técnica? La Universidad no es una torre de marfil cerrada, desconectada del mundo circundante. El hombre vive en contacto con la realidad, es estimulado por ese desafío y piensa en función de las interrogantes que el mundo le plantea. Una Universidad cerrada en sí misma se condena a la esterilidad, a la infecundidad. Se transformaría simplemente en una momia. La Universidad debe estar abierta, porosa, pero al mismo tiempo no puede enajenarse, no puede alienarse, es necesario que se mantenga claustro, recinto de meditación. Fuera deben quedar esas metas de corto alcance que atraen a la mayoría transformándolas en tóteres: el dinero, el aplauso, el halago, el poder político. Nosotros vamos unidos en pos de la misma meta: la verdad; caravana gloriosa que a través de los siglos busca esa verdad plena que el hombre nunca podrá alcanzar del todo, pero que es la que da sabor, consistencia y sentido a la vida humana.

Termino, señores, recordando una leyenda medieval. Se preguntaba a tres talladores de piedra lo que ellos hacían; uno respondió: "Yo gano mi pan". Respuesta puramente utilitaria, subjetiva. El segundo con cierto orgullo respondió: "Yo soy tallador de piedra, el mejor tallador de piedra de mi región...". Ya había algo que sacaba a ese hombre de sí mismo, la nobleza de su trabajo, una cierta trascendencia. Y el tercero responde, simplemente: "Yo construyo catedrales...".

Señores, estamos aquí unidos en un recinto universitario, recinto de esperanzas para todo el país y para América Latina; somos artesanos y tenemos la gran misión de construir la Catedral Humana.

Muchas gracias.

<https://doi.org/10.29393/At402-138CSRA10138>

CONTESTACION DEL SEÑOR HERNAN NIEMEYER

Es para mí un alto honor recibir de manos del señor Rector la distinción que esta prestigiosa Universidad ha concedido a mi texto de *Bioquímica General*. Este reconocimiento al posible mérito de la obra, exagerado por la bondad del profesor Moena, constituye un estímulo que me alienta a seguir trabajando en ella, para corregir sus errores, mantener al día en la

información, siempre en avance, de la bioquímica y cambiar el enfoque mismo de los diversos temas de acuerdo con las motivaciones intelectuales y emotivas del momento.

La necesidad de escribir textos que faciliten la información básica al estudiante es una de las tareas docentes a la cual hay que dedicar atención. El profesor puede tener así la posibilidad de escoger para su desarrollo solo aquellas materias que ofrezcan más dificultades para su comprensión o que requieran mayor profundización y detalle de acuerdo con las necesidades actuales o futuras del estudiante.

Si bien esta labor tiene su importancia, considero de mayor urgencia y relieve que el docente dedique una fracción grande de su esfuerzo y de su tiempo al trabajo de investigación en su campo de enseñanza. Esto debe considerarse como imperativo en la docencia universitaria, muy en especial cuando se trata de la docencia de materias que constituyen el fundamento de la formación del futuro académico o profesional. La labor creadora, sea ésta en las ciencias de la naturaleza o del hombre en la literatura, en la filosofía o en las artes, da al que enseña una actitud crítica y una capacidad valorativa más difíciles de lograr en el que sólo tiene una actitud contemplativa —por más inteligente que ésta sea— del conocimiento ya hecho o de la vivencia de otros.

A pesar de que desde su fundación nuestras universidades han reconocido como su función primordial el estímulo de la actividad creadora, durante el desarrollo de estas universidades ha ocurrido que, en lo principal, ellas han resultado en una aglomeración, más o menos inorgánica, de escuelas profesionales.

La investigación, al menos en lo que a ciencias naturales se refiere, ha sido desterrada o ha sido considerada por mucho como un lujo superfluo, para ser realizada sólo como excepción. Y lo frecuente es que no se proporcione al investigador los medios de trabajo, la remuneración, la organización administrativa y el tiempo adecuados a sus funciones.

Es esencial que tanto las autoridades gubernamentales y universitarias, así como el público en general, se compenetren más y más de la importancia vital, ligada a nuestra supervivencia como pueblos independientes, que tiene el impulso a la actividad creadora en todas sus manifestaciones.

Yo veo con fe en el porvenir cómo la Universidad de Concepción está alerta a los cambios del mundo moderno y cómo, consciente de las tareas de creación que le corresponden, dedica cada vez una mayor atención al desarrollo de la investigación científica. Es esta empresa de desarrollo y estímulo científicos la que me ha permitido establecer en los últimos años contactos directos con estudiantes y docentes de esta Universidad. De estos contactos —creo— ambas partes han resultado beneficiadas, porque siempre enriquece la transmisión de experiencias o de inquietudes, y el enfrentamiento de modos de considerar problemas y situaciones. Agradezco por esto al Decano Luis Vargas y al profesor Alberto Moena la oportunidad que me han brindado de establecer estos lazos con la Universidad de Concepción,

ya que de ellos fue la iniciativa de mantener un contacto directo y estrecho entre gentes con intereses comunes en el campo de la Bioquímica. Confío en que estas conexiones se harán cada vez más estrechas y amplias para el provecho de todos.

HOMENAJE A BENJAMIN SUBERCASEAUX

Con motivo de haber recibido el Premio Nacional de Literatura, el Directorio y el H. Consejo Universitario ofrecieron una manifestación al escritor Benjamín Subercaseaux, en el Club Concepción, el día 7 de octubre.

El escritor Subercaseaux, que ha sido durante cinco años profesor invitado de la Universidad de Concepción, fue designado miembro docente de este plantel.

El Rector, Dr. Ignacio González G., le hizo entrega del respectivo diploma y pronunció en esa ocasión el siguiente discurso:

Cuando en 1958 la Universidad ofreció a don Benjamín Subercaseaux —y le pongo el don, no por guardar las formas, o en razón de edad, sino como homenaje a la categoría intelectual con que ha llenado sus años y su nombre—; cuando ofreció, digo, la Universidad, a don Benjamín Subercaseaux su claustro para que profesara libremente sobre problemas de antropología, muchos arquearon las cejas preguntándose, ¿y qué va a enseñar de antropología un literato? ... ¿de dónde salió Benjamín Subercaseaux antropólogo? La respuesta vino a través de los años, con el éxito de aquellas lecciones a pesar de la severidad del maestro y en las publicaciones que nuestro amigo ha hecho sobre la materia con indiscutible solvencia científica.

Por eso; porque Benjamín Subercaseaux ha sido profesor en nuestra Universidad, porque ha obtenido dos veces nuestro premio *Atenea* y porque él ha convivido con nosotros, ha colaborado en *Atenea*, y ha demostrado y cosechado simpatías y afecto en nuestro medio, la Universidad ha querido festejarlo con ocasión de su "premio nacional de literatura".

La obra literaria de Subercaseaux ha sido ya comentada por gente entendida, razón por demás para que yo no meta mis manos profanas en tan delicado asunto. Pero como es condición de nuestro modo el "echar su cuarto de espadas" en cualquier circunstancia, quiero señalar una por lo menos que a mi parecer explica, si no el éxito, un componente feliz de la obra de nuestro amigo, me refiero a la conjunción en él —curiosa conjunción— del científico y del novelista: la imaginación o la observación de la vida del novelista Subercaseaux, está controlada o tamizada de seguro, en forma sutil, más estimulante que limitante, por el rigor de objetividad o el espíritu científico del hombre acostumbrado a estas disciplinas.

Quiso ser médico, como ustedes saben, y por suerte no lo fue; de haberlo sido, el acondicionamiento a la vida profesional no le habría permitido